

gunos años después, en la tarde de una fiesta, la bienaventurada cayó en éxtasis, y fué conducida por un Angel á aquel mismo altar de la Santísima Virgen, á donde sus pies no podían llevarla á causa de sus enfermedades tan dolorosas. Allí hizo su oración, y en seguida fué trasportada al purgatorio, donde algunas pobres almas esperaban los auxilios de su caridad para abreviar sus sufrimientos. En fin, un ángel la introdujo en la asamblea de los santos. Vió todos los coros y oyó sus sagrados cánticos. Algunos mártires la estimularon á soportar valerosamente los sufrimientos que Dios la enviaba. «Nuestro ejemplo, la decían, os animará mucho en este generoso combate. Ved nuestra situación presente. ¿Qué nos resta ahora de todos los males que padecemos otras veces por amor de Jesucristo? Después de haber pasado por todas las pruebas del agua y del fuego, hemos sido recibidos en este lugar de frescura y de paz perpetua, donde nuestros dolores han cedido á los consuelos infinitos.»

Querido y piadoso lector, cuando tu caridad te lleve cerca de los enfermos y de los agonizantes, no dejes de animarlos con los motivos y con los ejemplos que acabamos de proponer. Si pueden oír leer sin fatigarse demasiado, dignate darles lectura, de tiempo en tiempo, de algunos de los pasajes de este capítulo, que hemos compuesto para ellos, en el que pedimos humildemente al Corazón agonizante de Jesús, y al Corazón compasivo de María, que unan á su bendición una gracia de consuelo y de salud para cada uno de estos amadisimos hermanos que sufren, y para ti, querido lector, toda vez que les prestas este servicio de caridad. Sobre todo inspíralos los sentimientos expresados en la oración:

Oh Jesús, Salvador mío, yo me someto..... (1)

Invítalos á hacer de tiempo en tiempo actos de fe, de esperanza, de caridad, de sumisión, de confianza, de ofrecimiento de sus dolores y de su vida por la salvación de las almas. Invítalos á decir

(1) Véase esta oración en este mismo capítulo.

contigo de todo corazón: *Dios mío, yo os adoro y creo en vos, porque sois la verdad misma. Espero en Dios, porque sois fiel á vuestras promesas. Os amo, porque sois infinitamente bueno, y amo á mi prójimo como á mí mismo, por vuestro amor. Tengo un gran pesar de haberos ofendido, Dios mío: perdonadme por los méritos de mi Salvador Jesús, vuestro divino Hijo. Dios mío, soy un pobre pecador. Sedme propicio, tened piedad de mí. Dios mío, hágase vuestra santa voluntad. Dios mío, pongo toda mi confianza en vuestra infinita misericordia. Dios mío, os ofrezco el sacrificio de mis sufrimientos y de mi vida por la salvación de las almas, y por la conversión de los pecadores. Señor, pongo mi espíritu en vuestras manos. Jesús, María y José, yo os amo, tened piedad de mí, ahora y en la hora de mi muerte. Corazón agonizante de Jesús, yo os amo, tened piedad de mí. Corazón compasivo de María, yo os amo, rogad por mí. San Miguel Arcángel, defendedme. Santo Angel de mi guarda, Santos Patronos míos, rogad por mí. Así sea.*

CAPÍTULO XVII.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LOS SACERDOTES Y EN LAS PARROQUIAS.

Aunque la principal función del Sacerdote es la de *sacrificador*, la santa víctima que tiene todos los días entre sus manos consagradas, le dice que debe ser *víctima* con ella para la salvación del pueblo; y aunque el Sacerdote no esté sometido, bajo el mismo título que el religioso, como lo diremos pronto, á una mortificación tan rigurosa, no es menos cierto que su vida debe ser una vida de sacrificio, y, por tanto, una continuación del sacrificio del Salvador Jesús. Sólo porque es miembro de Jesucristo debe marchar el simple fiel en pos de El por la senda del Calvario; y con mayor razón debe hacerlo el Sacerdote, puesto que, en su calidad de tal, tiene que parecerse á Jesucristo, Sacer-

dote y víctima á la vez, y mostrar á los fieles confiados á sus cuidados, el ejemplo de todas las virtudes, en particular de la abnegación cristiana, tan recomendada por Nuestro Señor.

Aquí encaja bien, naturalmente, el oráculo muchas veces citado: *Christum oportuit pati*. «Convino que Cristo sufriera para salvar á los hombres.» Y Cristo sufrió, y gracias á sus sufrimientos, todo hijo de Adán puede en lo sucesivo aspirar á su salvación eterna. Ahora bien: ya hemos igualmente demostrado, hablando de la misión divina del sufrimiento en los hombres apostólicos de todos los tiempos, que no hay uno solo que no haya unido al apostolado de la *palabra*, y á las diversas funciones del ministerio apostólico, el *Apostolado del sufrimiento*; es decir, que no haya fecundado con sus sudores, sus mortificaciones y sus sufrimientos, siendo probado de mil maneras, la semilla de la palabra Evangélica que derrama en los corazones. Sólo á este precio, es decir, al precio de innumerables fatigas y de continuas privaciones de estos hombres enviados por Dios para extender el cultivo de su viña, son llamados á establecer nuestra santa religión en las diversas regiones del mundo. ¡Ah! si el labrador que siembra el grano de trigo en la tierra no puede esperar verle germinar, sino después de haber vertido el sudor de su frente en cada uno de los surcos que abre penosamente con el arado, ¿con cuánta más razón no será preciso que el ministro de Aquel que, siendo Dios, ha querido rociar con su sangre la tierra árida de nuestros corazones, para hacerla producir frutos de vida eterna, rocíe á su vez con sus sudores cada uno de los surcos que abre en las almas, para que la semilla de la palabra evangélica, que arroja en ellos, produzca frutos de salvación y de vida eterna?

Y aquí dejamos hablar á San Pablo, acabado modelo del santo Obispo, del santo Sacerdote, del verdadero ministro de Jesucristo. En él veremos al *Sacerdote* y á la *víctima* marchar unidos con un paso igual: en él veremos unidos con admirable

alianza el celo ardiente del *apóstol de la palabra evangélica* y la heroica abnegación del *apóstol del sufrimiento*. ¿Quién ha predicado y evangelizado á los pueblos más que San Pablo? El fué por excelencia, el *apóstol de las naciones*. ¿Quién sufrió más que San Pablo los trabajos, las tribulaciones y las persecuciones de todas las especies? ¿Quién, entre los hombres apostólicos de todos los tiempos, ha sido más que San Pablo víctima con Jesucristo crucificado, objeto único de sus predicaciones, y al mismo tiempo de su imitación? *Jesum Christum et hunc crucifixum*. Pero oigamos cómo nos dice el mismo todo lo que sufrió para fecundar su apostolado y para ser ministro de Jesús crucificado: *Ministri Christi sunt*, dice hablando de otros apóstoles.... *Plus ego; in laboribus plurimum, in carceribus abundantius; in plagis supra modum, in mortibus frequenter. A Judæis quinquies quadragenas una minus accepi. Ter virgis cæsus sum, semel lapidatus sum, ter naufragium feci, nocte et die in profundo maris fui. In itineribus sæpe, periculis fluminum, periculis latronum, periculis ex genere, periculis ex gentibus, periculis in civitate, periculis in solitudine, periculis in mari, periculis in falsis fratribus. In labore et ærumna, in vigiliis multis, in fame et siti, in jejuniis multis, in frigore et nuditate. Præter illa quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium ecclesiarum.* (II, Cor., XI, 23.)

No traducimos este texto, porque hablamos á Sacerdotes que le comprenderán. Significa en resumen, que San Pablo, *Apóstol de Jesucristo*, fué al mismo tiempo, *víctima con Jesucristo*, es decir, que fué no menos apóstol del sufrimiento que de la palabra evangélica, habiendo sido su vida apostólica como la de su Maestro, una cruz y un martirio continuo. *Tota vita Christi crux fuit et martyrium*. ¡Qué gran lección, que admirable ejemplo, qué sublime modelo para todos nosotros, miembros de Jesucristo!

Seamos dignos imitadores de San Pablo, como él lo fué de Jesucristo. El mismo nos hace esta re-

comendación, en su primera Epístola á los de Corinto: *Imitatores mei estote; sicut et ego Christi.* (I, Cor., VI, 16.) Sí, ¡oh gran Apóstol! nosotros seremos tus imitadores. Ayúdanos á seguir hasta la muerte tus generosas huellas. Teniendo, como vos, todos los días el insigne honor de subir al altar para ofrecer la santa Víctima, nos prepararemos para este honor de todos los días, con un sacrificio cotidiano, viviendo habitualmente una vida verdaderamente sacerdotal, es decir, humilde, laboriosa y mortificada. Llamados, como vos, á predicar á las naciones á Jesucristo crucificado, llevaremos su cruz en nuestros corazones; y en nuestros miembros no menos que en nuestros labios, y en nuestros discursos, uniendo así, como vos, para la edificación del pueblo cristiano, el ejemplo á la palabra. ¡Oh! sí: es justo que así sea. Dios lo quiere, la santidad de nuestro carácter lo pide, el éxito de nuestro ministerio lo exige; y los pueblos lo esperan, sobre todo en estos tiempos de calamidades, en que tantas almas se pierden y en que el oficio de Sacerdote es casi tanto un oficio de *víctima*, como de *doctor* y *sacrificador*: *Inter vestibulum et altare plorabunt Sacerdotes.* ¿Y cuándo tuvo ocasión el Sacerdote, ministro de Jesucristo, de gemir más que en nuestros días en el vestíbulo del altar?

¡Oh Jesús! Sacerdote y víctima por excelencia, vos os habéis dignado asociarnos á vuestro sacerdocio: dignaos asociarnos á vuestro sacrificio. A pesar de nuestra indignidad vos nos habéis hecho *Sacerdotes*: hacednos también *víctimas*. Inmoladnos con vos que os inmoláis todos los días por nosotros en nuestras manos; y pueda nuestro holocausto, unido al vuestro, obtener gracia para esta infortunada generación. Nosotros os lo ofrecemos todos unidos á este fin, para vuestra gloria, para el triunfo de la santa Iglesia, nuestra Madre, para la salvación eterna de las almas, particularmente de aquellas que habéis confiado á vuestros cuidados.

San Clemente Papa, explicando este texto de la santa Escritura: *Et iniquitates eorum ipse portabit.* (Is., LIII): «El llevará sus iniquidades,» se

dirige á los pastores de almas, y les dice: «Vosotros sois mediadores entre Dios y los fieles confiados á vuestra guarda. Imitad, pues, á Cristo, Nuestro Señor, mediador por excelencia; y, puesto que inocente y sin tacha, llevó en la cruz los pecados de todos nosotros, que éramos dignos de este suplicio, así debéis vosotros mirar como vuestros los pecados del pueblo.» Ahora bien; se ha dicho también de nuestro Salvador, en Isaías: *Hic peccata nostra portat, et pro nobis dolet.* La conclusión es fácil de sacar. Pastores de almas, llevad sobre vosotros los pecados de vuestro pueblo y sufrid por su expiación. Cuando el granizo cae sobre un campo, no cae sobre otro. Un santo pastor que se ofrece víctima por sus ovejas, atrae sobre sí los sufrimientos, la cruz, acaso la muerte; pero aparta de su rebaño los azotes de la divina venganza, y, sobre todo, la muerte eterna.

El inmortal Arzobispo de París, Monseñor Affra, dando, á ejemplo del buen pastor, su vida por su rebaño, se ofreció y murió como víctima en las barricadas, y bien pronto entró en su cauce el torrente del motín. ¡Oh! bienaventurado el Sacerdote que gusta con su corazón este pensamiento del sacrificio que celebra todos los días en la santa Misa, y tiene cuidado, como lo recomienda el autor de la *Imitación*, de ofrecerse en holocausto con la santa víctima por las almas confiadas á sus cuidados. *Beatus qui se Domino in holocaustum offert quoties celebrat aut communicat.* (Imit., I, IV, c. X.) Pero más dichoso todavía el Sacerdote que, haciendo así la ofrenda cotidiana, la pone en práctica todos los días, y la realiza, por una vida humilde y mortificada. En él se cumplirá la promesa del Espíritu Santo, expresada por el Profeta Isaías: «Si da su vida por los pecados de los hombres, verá una larga posteridad.» *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longum.* Este oráculo, que se aplica directamente á Jesucristo, víctima por toda la humanidad, se aplica también al Sacerdote víctima por su rebaño.

El Sacerdote tiene mil ocasiones de realizar

esta vida de sacrificios. Sin hablar de los males, las enfermedades y otras miserias humanas, que le son comunes con todos los hijos de Adán, y en las cuales le depara Dios ocasión de ejercitar su paciencia, ¿no encuentra en su ministerio de todos los días, si quiere cumplirlo fielmente, una amplia materia de abnegación? Para no citar más que uno de esos ministerios, la visita de los enfermos y la asistencia de los moribundos á todas horas del día y de la noche, ¿no es para él materia de un sacrificio frecuentemente reiterado, si le cumple como le conviene, y muy saludable para ese pobre enfermo, para ese pobre agonizante, que deberá quizás la gracia de su conversión *in extremis*, y, por consiguiente, su salud eterna á la visita de ese buen Sacerdote cuyo celo generoso se complace Dios así en recompensar? ¿Quién sabe lo que podría sobrevenir á esa pobre alma si, cediendo á la negligencia, y huyendo la pena de una visita asidua, el Sacerdote hubiera retardado el cumplimiento de este grave deber de su ministerio, ó, después de haberlo cumplido una vez, hubiera abandonado á sí mismo al enfermo diciendo: «Ya le he administrado!» Palabras funestas, en muchos casos, en que la enfermedad se prolonga, y en que el demonio se aprovecha de la ausencia del Sacerdote para administrar, á su vez, al moribundo á su manera.

Y la predicación, ¿no es también para el Sacerdote una amplia materia de sacrificio, que puede utilizar eficazísimamente para la salvación de las almas? El trabajo serio de preparación de un sermón, de una catequesis, ¿no es un sacrificio muy útil para las almas, á quienes ese sermón, esa instrucción y esa catequesis serán dirigidos? Estos esfuerzos generosos que hacéis, pastores celosos, Sacerdotes fervientes, para preparar á esos hijos de Dios, que son también los vuestros, el pan de la palabra evangélica, ¿no son otras tantas gotas de sudor, en cambio de las cuales os dará Jesucristo otras tantas gotas de su sangre para fecundar vuestra palabra y hacerla producir frutos centuplicados?

Ningún buen Sacerdote lo ignora: la predicación es tanto más propia para producir frutos en las almas, cuanto ha costado más trabajo y ha sido compuesta con intención más pura, y con deseo más ardiente de procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Si á esta cruz de la preparación inmediata, el Sacerdote, ministro de la palabra evangélica, agrega la preparación lejana, es decir, toda una vida de humildad y de abnegación, después de los primeros estudios de su seminario, hasta el momento presente ¡oh! entonces su palabra es poderosa y penetrante como una espada de dos filos. Cuando un hombre apostólico reúne en sí el poder de la palabra y el de la cruz, no hay quien le resista. Entonces se reviste completamente del poder de Jesucristo. Tal fué Francisco Javier, aquel gran conquistador apostólico, que escribió, movido por el celo ardiente que devoraba su corazón de apóstol: «Señor, dadme almas, sí, dadme almas.» *Da mihi animas*. Pero al mismo tiempo que pedía almas, pedía también la cruz: *Amplius Domine, amplius*. He aquí el verdadero apóstol, el verdadero ministro de Jesucristo.

El predicador que lleva al pueblo la palabra del Redentor, y no lleva sobre sus hombros la cruz, no es un verdadero predicador del Evangelio. Puede su palabra ser aplaudida, puede su elocuencia obtener éxitos brillantes: la multitud puede correr y apiñarse en torno de su cátedra, pero á esto se limitará su acción. Ningún fruto de conversión, ningún fruto de gracia y de salud producirá en las almas. El predicador no se unirá al árbol de la vida, es decir, á la cruz, al Crucificado. ¿Qué frutos queréis que produzca para la vida eterna? Y, sin embargo, sólo para dar ese fruto le ha confiado el Señor la misión de apóstol, diciéndole al enviarle: *Posui vos ut eatis, et fructum afferatis, et fructus vester maneat*.

¡Desdichado el predicador que, dando á este oráculo del Maestro una interpretación torcida, se predique á sí mismo, en lugar de predicar, como San Pablo, á Jesucristo crucificado: *Jesum et hunc*

crucifixum. El fruto que produzca en las almas será un poco de admiración para su talento; pero de ninguna manera el amor de Jesucristo, ni el de su doctrina sagrada. Lo preguntamos con horror: ¿Con qué cara se presentará en el día del juicio ante el tribunal del Juez de los vivos y de los muertos, este sembrador de hermosas palabras, á quien Jesucristo crucificado le dirá: «Qué has predicado en tus discursos? ¿Qué modelo has imitado? ¿Qué frutos has producido en las almas? Debías predicar á Jesucristo y te has predicado á ti mismo. Debías imitar en tu vida á Jesucristo crucificado, y has huído mi cruz para buscar en todo no más que tus comodidades y satisfacciones. Yo te envié para llevar frutos permanentes, y mira entre mis elegidos: ¿Reconoces uno solo que sea fruto de tu palabra? Los que tú has producido han sido desecados, como tú. Tú no eres más que una rama estéril, digna de ser arrojada al fuego». ¡Oh desgraciado, mil veces desgraciado el Sacerdote, el predicador de la palabra evangélica, el doctor ó el pastor de almas, si oyen resonar en sus oídos estas terribles palabras del Hijo de Dios!

Valdría más para ellos no haber recibido nunca la unción sacerdotal y permanecer en el rango de los simples cristianos. Si hubieran claudicado, al menos su caída habría sido menos estrepitosa, y no se podría decir de ellos: *Quomodo cecidisti de caelo, Lucifer, qui mane oriebaris?*

Sí, sí, venerables hermanos (puesto que es ahora á vosotros á quienes se dirige nuestra palabra), seamos *Sacerdotes*; pero al mismo tiempo seamos *victimás* con Jesucristo. Y cuando subamos al altar, figurémonos que subimos al Calvario; unamos nuestros sacrificios al del Cordero sin mancilla, y digámosle como dijo El á su propio Padre: «Heme aquí, Padre mío, inmoladme.» *Ecce venio*. En presencia de los males innumerables que afligen á la Iglesia, todo buen Sacerdote comprenderá la oportunidad de esta voluntaria inmolación; y, á ejemplo de San Pablo que se ofreció por los Filipenses, se considerará dichoso de ofrecerse en sacrificio con Jesu-

cristo para la salvación de las almas, sobre todo, de las que fueron confiadas á su guarda: *Sed et si immolor supra sacrificium et obsequium fidei vestre, gaudeo et congratulor omnibus vobis*. (Philip., XI, 17.) Tales eran los sentimientos del gran apóstol; tales son y serán siempre los sentimientos del verdadero sacerdote de Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS CORPORACIONES Y COMUNIDADES RELIGIOSAS

Aquí es donde se deben encontrar, sobre todo, los verdaderos apóstoles del sufrimiento; aquí es donde este apostolado, por todas partes tan fecundo, cuando es convenientemente ejercido, debe adquirir su más grande fecundidad. En efecto, los religiosos y religiosas, por el hecho mismo de su profesión, especialmente en el seno de las órdenes austeras, se hallan en las más perfectas condiciones para realizar este apostolado. Los votos que pronuncian los colocan en estado de perpetuo holocausto, que es muy agradable á Dios y atrae sus bendiciones sobre la tierra. Por los de pobreza, castidad y obediencia, el religioso es como un *crucificado*. Obligándole á una vida de perpetuos sacrificios, estos tres votos son como los tres clavos que le fijan irrevocablemente á la cruz, y le unen estrechamente á la gran Víctima del Calvario. De estos tres votos sustanciales de religión, como de otras tantas heridas voluntarias, brotan tres arroyos de sangre, por donde corre toda la vida sensual y terrestre del hombre viejo, para dejar lugar á la vida del hombre nuevo, á una vida toda sobrenatural, toda divina en Jesucristo. Y si á estos tres votos une el religioso otro especial, según el fin particular de su instituto, será como un cuarto clavo, agregado á los tres primeros; y la herida que resulte será ordinariamente la más dolorosa y la más

sensible; porque será la herida del corazón. Este es el punto principal, por el que se pone inmediatamente el religioso en contacto con el sacrificio.

Así, todo religioso que ha pronunciado los tres votos de su religión, tiene más razón, si ha pronunciado un cuarto voto y si pertenece á un instituto austero, para ser colocado, por el hecho mismo de su vocación, en la categoría de los cristianos que Nuestro Señor elige especialmente para asociarlos á su título de *victima* y á su *sangriento sacrificio*. El ofrecimiento que el religioso hace de sí mismo á Dios, por los votos de la religión, es de tan gran precio y de tan gran mérito, que San Jerónimo, San Cipriano y San Bernardo llaman á este sacrificio un *segundo bautismo*: y los teólogos afirman que se obtiene por él una entera remisión de todos los pecados. No debe causar asombro que los Santos comparen el estado de la vida religiosa al martirio. Tales son, entre otros, los sentimientos de San Bernardo que no teme decir: «En verdad, este martirio tiene algo menos de horrible que aquel en que los cuerpos son desgarrados y atormentados; pero es más penoso y molesto por su duración».

Durante los tres primeros siglos de la Iglesia, la misión especial de perpetuar el sacrificio del Calvario, fué confiada por el Hombre-Dios á los mártires, que en tan gran número derramaron su sangre por su santa causa y por obtener que los méritos de su sangre fuesen aplicados á la humanidad. Sus votos fueron oídos; y después de que estas nobles legiones de víctimas voluntarias hubieron derramado toda su sangre, fué cuando la Iglesia de Jesucristo salió de las catacumbas y se elevó victoriosa sobre el trono de los emperadores romanos, sus perseguidores, para continuar hasta el fin de los siglos su reinado pacífico y universal en las almas. Mas cuando los mártires hubieron cumplido esta misión sublime, Jesucristo encargó á otros miembros de su cuerpo místico continuarla; porque así como hasta el fin de los tiempos debe haber en nuestros altares un sacrificio *no*

sangriento que perpetúe, según la promesa del Hombre-Dios, su presencia entre nosotros, así debe haber hasta la consumación de los siglos cristianos, miembros vivos de Jesucristo, encargados especialmente de continuar su *sacrificio sangriento*. Razón por la cual, desde que cesó la persecución, el Hijo de Dios sustituyó á los mártires de las catacumbas con los mártires de la vida religiosa, sobre todo, con los mártires de los claustros, que son como otras tantas catacumbas sagradas. Desde esta época, viéronse, en efecto, surgir y organizarse las grandes instituciones monásticas; inaugurándose desde luego en proporciones imperceptibles, que debían acrecentarse después maravillosamente, el magnífico edificio, ó si se quiere mejor, el gran árbol de las órdenes religiosas, tan admirable, á la vez, por su variedad y su unidad.

Débil retoño al principio del árbol de la vida, es decir, de Cristo crucificado y de sus heridas sangrientas, este tallo debía, en efecto, llegar á ser un gran árbol, extendiendo sus ramas por todas partes y perpetuando, si se permite decirlo así, la función del sagrado leño, á que fué cosida la santa Víctima del Calvario, sirviendo á su vez de cruz á las innumerables víctimas voluntarias que debían ser crucificadas con Jesucristo en el curso de los siglos. En esta época memorable, cuando la sangre de los mártires humeaba todavía en los anfiteatros, aparecían por primera vez estos mártires de un género nuevo que, bajo otra forma, debían perpetuar el sacrificio de los primeros, y, por consiguiente, el sacrificio del Hijo de Dios, de quien los mártires de las catacumbas habían sido los continuadores.

Después de San Pablo y San Antonio, columnas de la vida eremética, después de esas santas legiones de anacoretas que poblaron los desiertos de Egipto y de la Tebaida, hasta las grandes fundaciones religiosas de la Edad Media y los más recientes institutos de los tiempos modernos, cuéntese, si se puede, el número de religiosos y religiosas que, durante la larga serie de los siglos cristianos, han seguido á Jesucristo crucificado,

reproduciendo en sus personas, por medio de una vida laboriosa y mortificada, los rasgos sangrientos del Hombre-Dios, sacrificándose con El por la salvación de sus hermanos; y entonces se comprenderá que, por un designio de lo alto, cuya ejecución se une á la economía general de la redención, el Hijo de Dios es quien quiso especialmente confiar á los miembros de las corporaciones religiosas su título y su función de *victima*, como quiso especialmente comunicar á los Sacerdotes su título de *sacrificador*.

Así es como Jesucristo, viña misteriosa, ha puesto en sí mismo, como en un tronco divino, la savia vivificante para alimentar á todas las ramas que están á él unidas; y así es como cada una de ellas se aplica á volver á trazar algunos de esos rasgos divinos ó algunas de esas divinas funciones. Como Jesús es la perfecta imagen del Padre, es necesario que los miembros de Jesús sean la perfecta imagen del Hijo, y que la vida divina del tronco se distribuya en las ramas, de tal suerte, que todo conserve su plenitud de vida y de funciones divinas.

Jesús se reproduce todo entero en sus miembros, distribuyendo á todos una participación más ó menos abundante de su vida divina, y aun á cierto número de ellos una participación más ó menos especial de sus diversas funciones.

Importa, en efecto, distinguir bien en Jesucristo estas dos cosas: todos los cristianos, por lo mismo que son miembros del Salvador Jesús, participan, más ó menos, de su vida divina; pero no igualmente de sus divinas funciones.

Las dos grandes funciones del Hombre-Dios, con las cuales se relacionan todas las demás, son las de *sacrificador* y *victima*. Sólo los Sacerdotes tienen participación especial de su título y de sus funciones de *sacrificador* por la salvación del mundo: pero los religiosos, por el mismo fin, la tienen de su título y de su función de *victima*. Cada fiel, sin duda, formando parte de la nación elegida, que el Apóstol San Pedro llama sacerdocio real, *regale*

sacerdotium, participa de cierta manera del sacerdocio de Jesucristo, pero no es á título especial como el Sacerdote católico, el cual no solamente está unido por este lazo general al Gran Sacerdote de la ley nueva, sino también por un título y por un lazo particular, que es el del *carácter sacerdotal*, con las prerrogativas que á él se refieren, porque participa de la inmolación de Jesucristo ó de su función de *victima*. Cada fiel es admitido, ó puede ser admitido, á participar de ella en una cierta medida, por la salud de sus hermanos; pero no todos son admitidos al beneficio de esta participación, bajo un título particular como los religiosos y religiosas, que han recibido de Nuestro Señor la misión especial, y, por decirlo así, oficial, de perpetuar en la tierra su título y su función de *victima*, para la salvación de las almas. Para este fin los separa Nuestro Señor de la masa común, se los une y los hace suyos, por esta consagración especial, es decir, por el triple lazo de los votos de religión, que hacen del religioso un hombre exclusivamente *consagrado* á Jesús crucificado, y á los intereses de su gloria.

No queremos decir con esto que Nuestro Señor no haya escogido también en el mundo almas fervorosas para asociarlas con especialidad á su título y á su función de *victima*, para la salvación del mundo. De estas *victimas* ocultas, que el Hijo de Dios se digna asociar á su sacrificio para el bien de su Iglesia y las naciones, ha habido siempre y quizás haya ahora más que nunca. Pero por real que sea la misión de estas almas santas, asociadas á la santa *Víctima* del Calvario para la salud de los pueblos, esta misión permanece revestida de un carácter privado, y á menos de que se encuentre en almas especialmente privilegiadas, está de ordinario más restringida en la esfera de su influencia.

Al contrario, los religiosos y religiosas, por el hecho mismo de su profesión, es decir, de su consagración á una vida de sacrificio, son oficial y públicamente investidos del título y de la misión de *víctimas*, destinados á perpetuar en su persona

el sacrificio del Hombre-Dios. Sus votos, sus reglas, sus observancias, proveen á cada uno de ellos de mil medios eficacísimos de cumplir perfectamente esta gran misión, según la medida de la gracia, que á este fin se le distribuye largamente cada día.

Hasta su vestido les predica el sacrificio, recordándoles sin cesar que no son del mundo, sino que se pertenecen por entero á Jesucristo. Así es como los fundadores han comprendido su instituto. En la fórmula abreviada de las constituciones de su orden, uno de ellos declara formalmente que todos sus religiosos deben ser hombres crucificados en el mundo y para quienes el mundo está crucificado: *Homines mundo crucifixos, et quibus mundus sit crucifixus.*

Causa asombro que el religioso, con todos estos medios que corresponden fielmente á la gracia de su vocación, sea, en circunstancias iguales, ordinariamente más apto para secundar los designios misericordiosos del Señor, en este camino del sacrificio, donde todos los religiosos deben llevar su cruz detrás de El.

Añadiremos, para completar este capítulo, que cada instituto religioso, según el fin especial que se propone, y según la mayor ó menor austeridad de la regla, participa en una medida más ó menos larga de la unión expiatoria del Hombre-Dios, bajo su título y función de víctima, por la salvación del mundo. Existen, en efecto, corporaciones religiosas, cuyo fin especial es el ejercicio del ministerio evangélico cerca de los pueblos, tales como la educación de la juventud, el cuidado de los enfermos.... Otras se entregan de una manera más especial á la práctica asidua de la oración, de las austeridades y de la más severa penitencia. Cada uno de ellas encuentra en el ejercicio de estas penosas funciones, en el cumplimiento fiel de los votos, de las reglas y observancias, materia de sacrificios más ó menos numerosos, y, por consiguiente, una participación más ó menos grande en el sacrificio de Jesucristo y en su cualidad de víctima. En fin, si

se encuentra algún instituto que hace profesión particular y voto especial de inmolarsé y de sufrir por la salvación de las almas, si los religiosos de este instituto son fieles á su vocación, llevan hasta un alto grado delante de Dios el título de víctima, y cumplen, en larga medida, su parte de sacrificio, en unión con Jesucristo, por la salud de los pueblos.

Concluimos diciendo que la vocación de los religiosos y religiosas, sea cualquiera el orden á que pertenezcan, es una vocación excelente, toda divina, puesto que los asocia tan íntimamente á Jesucristo, en el ejercicio mismo de su sangriento sacrificio; es decir, de su inmólación en el calvario por la salud del género humano. Concluimos diciendo, en fin, que cuanto más insigne sea su vocación, deben aportar más fidelidad y corresponder á ella con una vida muy pura, muy mortificada, profundamente humilde, y con grande amor á la cruz. Cuanto son más preciosos los dones que Dios concede á un alma, más rigurosa será la cuenta que deberá rendir ella al Soberano Juez. Que la excelencia de los favores, de que nos ha colmado en la vida religiosa la infinita liberalidad de nuestro Padre celestial, no nos haga jamás olvidar esta grave máxima de San Gregorio, ni sobre todo, el oráculo de nuestro Señor mismo, del cual esta máxima no es más que la aplicación: «Se pedirá más á aquel á quien se haya dado más»: *Cui plus datum est plus repetetur ab eo.*

CAPÍTULO XIX.

EL APOSTOLADO DEL SUFRIMIENTO EN LAS CORPORACIONES Y COMUNIDADES RELIGIOSAS PURAMENTE CONTEMPLATIVAS.

Si el Apostolado del sufrimiento debe honrarse en las casas religiosas, en general, con mayor razón debe serlo en aquellas donde se hace profesión especial, y en alguna manera exclusiva, de orar y